

MARULA

Martín Fogliacco

Verónica Andrea Mammana









MARULA



A Mía y Vera.

A Sole.

Martín Fogliacco

A Miranda, por sus respuestas.

*A la duda porfiada, cuando descansa
en el cariño y la confianza compañera.*

A quienes juegan y aman.

Verónica Andrea Mammana

MARULA

Martín Fogliacco

Verónica Andrea Mammana





**MARULA
TOCA EL CIELO**





Marula era una oveja que vivía en una granja en la que había vacas, gallinas, chanchos y un caballo. Don Andrés era el granjero y todas las mañanas llevaba pasto al corral para que los animales pudieran comer, también llevaba baldes de agua de donde bebían y, de vez en cuando, les cortaba el pelo a las ovejas para tener lana. La vida en la granja era muy tranquila, lo único que había que hacer era caminar de acá para allá y de allá para acá. Don Andrés se encargaba del resto.

Un día, en una de sus caminatas dentro del corral, Marula detuvo su marcha:

–Mamá, ¿qué hay fuera del corral?

–No sé, hija, no me lo había preguntado nunca.

Marula no contestó, pero siguió mirando. Se quedó allí hasta la noche pensando: *¿Qué habrá allá? ¿Por qué el pasto continúa hasta tocarse con el cielo en el horizonte?*

Al día siguiente, Marula se levantó muy temprano y fue corriendo hasta donde estaba su abuela.

–¡Abuela! ¿Puedo tocar el cielo?

La abuela rio alegremente a más no poder.

–¡Ay, estos niños! ¿Tocar el cielo? No m'hijita, nunca se ha sabido de una oveja capaz de hacer eso.

–¿Qué hay allá al final donde el pasto se toca con el cielo?

La abuela miró y los ojos se llenaron de asombro, nunca había visto aquello que le señalaba su nietita.



–No sé, m'hijita, andá a jugar por ahí... Esas no son preguntas para una ovejita tan chiquita como vos.

Y dando media vuelta, caminó lentamente hacia los baldes de agua. Marula siguió mirando aquel paisaje. ¿Qué había allá afuera? ¿Cómo podría ser que el pasto se tocara con el cielo en el horizonte?

Pasaron días, semanas... y ella seguía con sus preguntas sin responder.

Un día, del otro lado del corral, apareció un perro vago-bundo. Tenía el pelo gris y algo sucio y un pañuelo rojo con lunares blancos colgando del cuello. Se divertía asustando a las ovejas, andaba correteando y ladrando sin parar, hasta que se encontró cara a cara con Marula. Ladró muchísimo, pero ella no se asustó ni un poquito porque lo único que quería saber era cómo habría hecho el perro para salir de su corral.

–¿Por qué no te asustás? –le preguntó el perro.

–Si quisieras hacerme daño hubieras entrado al corral en lugar de ladrar.

Él se quedó helado con la reacción de Marula.

–¿Cómo es que estás ahí afuera? –preguntó la ovejita.

–¿Afuera de dónde?

–¿Cómo que de dónde? ¡del corral!

–Yo no tengo corral.

–¿Cómo que no tenés corral?



–No, no tengo corral, voy adonde quiero cuando quiero.
Ahora Marula estaba sorprendidísima: no podía creer lo que escuchaban sus oídos.

–¿Y qué hay allá? –preguntó señalando el horizonte.

–¿Eso? –respondió el perro señalando el césped a lo lejos, donde el pasto se tocaba con el cielo– es la pampa.

–¿La pampa?

–Sí, la pampa y, si andás lo suficiente, vas a encontrar unas montañas muy altas.

El perro hizo una larga pausa y luego agregó con voz fuerte y pesada:

–LA CORDILLERA. Y si caminás justo para el otro lado, está el mar.

–¿Qué son esas cosas? –preguntó Marula que nunca había escuchado nada sobre montañas ni mar.

–No puedo explicártelo con palabras, pero deberías verlos, son realmente increíbles.

Luego se dio media vuelta y salió al trotcito.

–¡Esperá! –gritó Marula– ¿Cómo hago para salir del corral?

El perro la miró muy serio:

–¡Saltando!

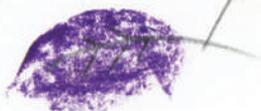
Saltando... saltando... pensó Marula. La idea resonaba en su cabeza días después: *¡Quiero conocer la pampa! Eso es lo que quiero.* Ese mismo día empezó a practicar salto, algo muy difícil para una oveja. Practicó y practicó durante días y

días, semanas y semanas, hasta que notó que la altura de sus saltos le permitía cruzar las vallas de madera. A la noche esperó a que todos se durmieran, tomó suficiente carrera, corrió hacia las vallas y dio un salto tan alto como pudo. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba afuera.
-¡Estoy afuera!





AFUERA



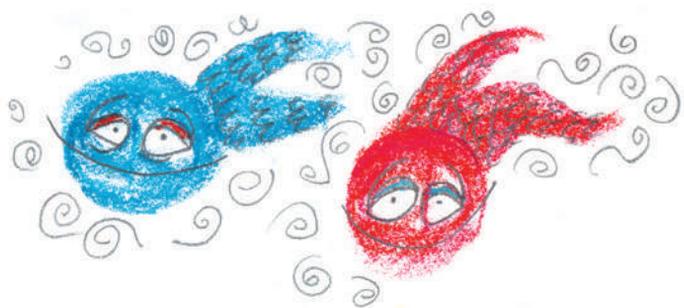
Marula corrió en la dirección que el perro había señalado, hacia donde quedaban las montañas, y cuando miró para atrás y ya no divisó la granja, se echó a ver las estrellas. Por la mañana abrió los ojos y no lo podía creer, vio más pasto de lo que había visto en toda su vida, rodeado de un enorme cielo celeste y de nubes blancas con formas extrañas. Empezó a comer rebosante de alegría, alrededor había mariposas y cientos de pajaritos que volaban de un lado al otro. *¡Esto es maravilloso!*, pensó Marula, *¡todos en la granja deberían saber que existe! Y yo que todo este tiempo creí que el corral era enorme y que era lo único que había en el mundo.* Estaba tan contenta que silbaba canciones mientras se paseaba de acá para allá y saltaba entre las flores hasta que, en cierto momento, llegó a un extraño y hermoso lugar: era como un bebedero gigantesco, tan transparente que se podía ver el fondo, parecía un espejo enorme. Se quedó mirando un rato largo y se frotó los ojos porque creía que estaba soñando.

–¿Qué es esto? –preguntó Marula a un pajarito que tomaba agua en la orilla.

–Es un lago, de acá podés tomar toda el agua que quieras todas las veces que tengas ganas.

Marula reía a carcajadas de tanta felicidad. Los animales iban y venían por aquel lugar que parecía no tener fin.

Era realmente hermoso, al lago lo rodeaban pastizales ver-



des tan altos como dos ovejas a cococho, árboles llenos pero llenos de hojas verdes, claras y oscuras que caían al lago y flotaban en el agua. Se quedó unos días a la orilla del lago y siguió su viaje hacia las montañas. Se despidió de sus amigos: un caracol le regaló una mochila, una araña le dio tela por si necesitaba sujetar algo y el pajarito le obsequió una pluma para que se hiciera caricias mientras descansaba.

Marula agradeció mucho a todos y partió.

Caminó... caminó... conoció ríos, otros lagos, muchos animales y después de varios días de andar a paso de oveja, por fin llegó a las montañas.

¡La Cordillera!, pensó mientras levantaba la cabeza para ver los picos nevados.

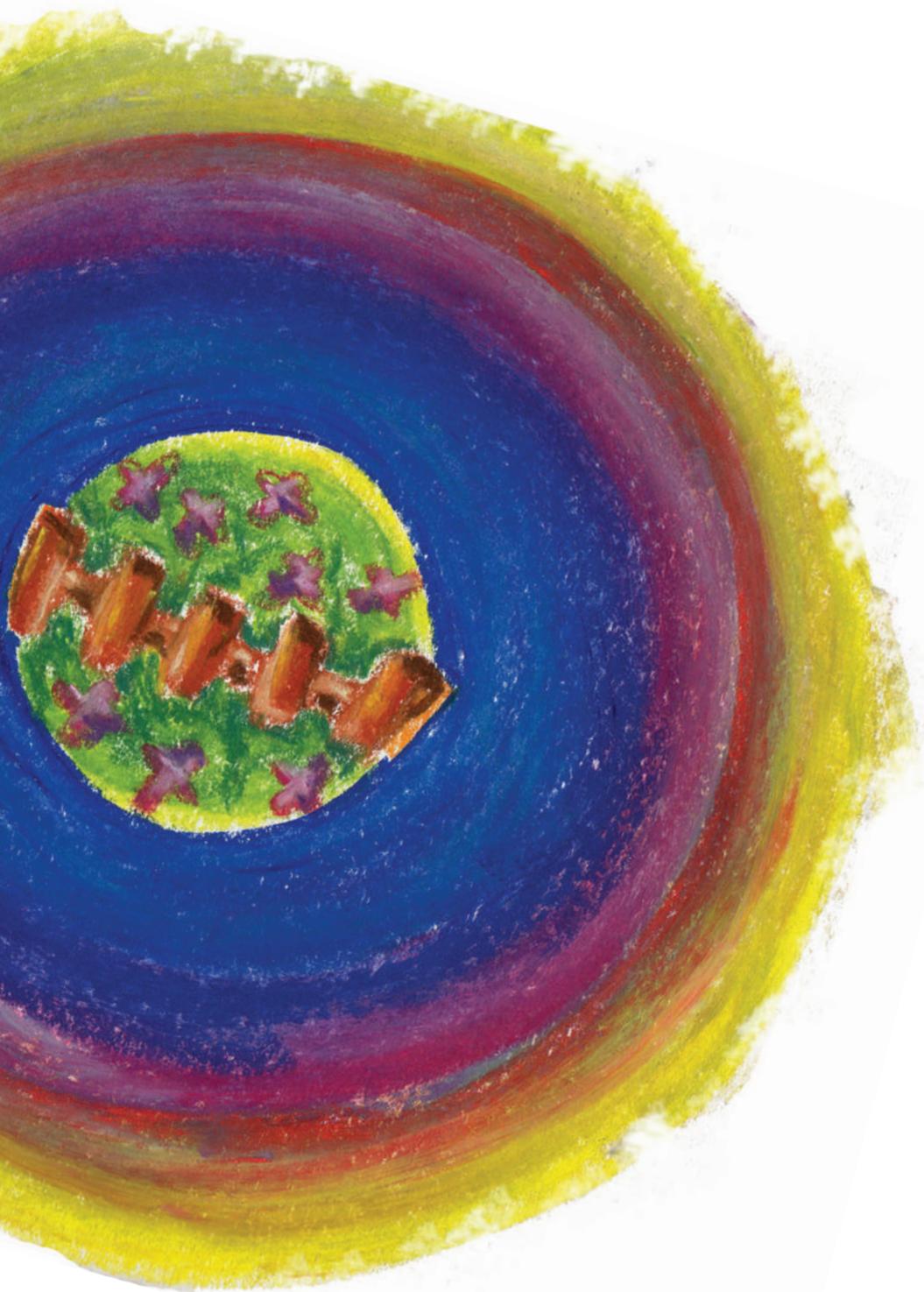
El lugar era más hermoso de lo que imaginaba, lleno de colores intensos y árboles de miles de formas. Se emocionó ante tanta belleza. Subió hasta la cima de una montaña, la más alta que encontró, se paró en puntas de pie y estiró las patitas hacia arriba tanto como le fue posible.

Y... ¡por fin pudo tocar el cielo con las manos!



MARULA DESCUBRE





Después de llegar a lo más alto de la montaña estaba tan feliz que decidió volver a la granja a contarles a todos lo que había visto. Quería invitarlos y mostrarles que el mundo era enorme y maravilloso.

Corrió durante días hasta que por fin llegó a la granja, dio un salto sobre la valla y entró nuevamente al corral.

–¡Mamá! ¡Abuela! ¡Papá! –dijo Marula.

–¡Ay, Marula! ¿Dónde estabas?! ¡Nos tenías preocupados a todos y no sabíamos ni por dónde buscar! ¿Estás bien? –preguntó su mamá.

–Estoy súper bien mamá. ¡No saben todo lo que conocí!

Su mamá la abrazó con fuerza. Otras ovejas se acercaron a ver que Marula estaba de vuelta.

La ovejita, sin soltarse de su madre, empezó a contar todo lo que había visto: les habló de los lagos, los ríos, los animales, todo. Y agregó que al final de su viaje había podido tocar el cielo con las manos. Las demás ovejas, que habían escuchado atentamente hasta ese momento, empezaron a reírse a carcajadas:

–¡Ay, la imaginación de los niños! –dijo una, sin poder contener su risa.

No le creían ni siquiera un poco. Marula se sintió muy triste y se quedó apoyada contra la valla sin caminar ni hacer nada durante unos días. Se aburría como nunca antes. El corral le parecía pequeño y caminar en círculos ya no le

ORIZONTE
HABIA UN REC
CORDILLEN
MARIPOSAS!
LAS FLORES





causaba ninguna emoción. Una mañana, el perro vago-
bundo apareció nuevamente.

–¿Qué te pasa, Marula? ¿Por qué esa cara de tristeza?

La ovejita le comentó que nadie le creía, que se reían y se burlaban de ella. El perro la escuchó pacientemente.

–No pierdas el tiempo explicando, Marula, ellos nunca van a entender. No quieren... están muy cómodos acá.

–Pero... ¿y todas esas cosas hermosas que vi? No las puedo compartir con mis seres queridos.

–Vos descubriste algo que no todos pueden o quieren comprender: el mundo continúa más allá de lo que podemos ver.

–Y entonces, ¿qué puedo hacer?

–Eso no puedo decírtelo, tenés que preguntarte si realmente sos feliz junto al rebaño.

Marula intentó durante algunos días acostumbrarse nuevamente a la vida del corral, pero siempre, por las tardes, miraba entre las maderas hacia la pampa, allá donde el cielo se tocaba con el suelo y los lagos y los ríos y las montañas y todo eso. Después de varias semanas, Marula sentía el encierro y que perdía el tiempo al pensar tanto, con toda esa belleza esperándola allí afuera. Armó su mochila, dio un gran salto por encima de la valla y caminó por la pampa. *Me gustaría conocer el sur*, pensó mientras caminaba silbando una canción que le había enseñado un benteveo.

UN MUNDO PARA CADA BICHO





Un día, cuando llegó a la Patagonia, Marula caminaba por un sendero de tierra entre los pastizales, silbando y distrayéndose mientras miraba una mariposa que revoloteaba. “¡Cuidado!”, escuchó de pronto y dio un salto del susto.

Miró hacia todos lados sin encontrar nada, pensó que había sido su imaginación. Cuando intentó moverse, volvió a escuchar: “¡Cuidado!”. Observó en todas direcciones y otra vez no logró ver a nadie. “¡Acá abajo!”, gritó alguien.

Marula agachó la vista y vio a una pequeña hormiga haciéndole señas con las manos.

–Hola, bichito.

–No soy un bichito cualquiera, soy una hormiga.

–Uy, perdoname, hormiguita. ¿Cómo te llamás?

–Soy Runa.

–¡Qué nombre raro!

–¿Por qué raro? Es muy común entre las hormigas ¿Por qué te sorprende mi nombre?

–Es que entre las ovejas no existe ese nombre.

–¿Y cómo se nombran las ovejas? ¿cómo te llamás vos?

–Yo soy Marula.

–¿Marula? ¿qué clase de nombre es ese? –y empezó a reír.

–Es un nombre muy común de ovejas. ¿Por qué te sorprende?

–Nunca conocí una hormiga que se llame así.

La ovejita también comenzó a reír y comprendió lo que Runa intentaba decir.

–¿Qué estás haciendo en este lugar? –preguntó Marula.

–Estoy perdida, teníamos un camino de hormigas por acá, pero desde la última vez que creció el arroyo, no lo encuentro más. Me subí a aquel árbol para ver mejor, pero aún así no veo nada.

La oveja intentó buscar el árbol que señalaba la hormiga, pero tampoco logró ver nada.

–¿Qué árbol?

–Aquel.

Marula siguió la dirección a la que apuntaba el dedito y vio un pequeño arbusto.

–Ah... este árbol.

–No podés ver nada porque ese es un arbusto muy bajito.

La hormiga pareció ofenderse.

–Un caballo sería gigante para vos, pero es muy chico a la sombra de un ombú. Vos sos pequeña comparada con el caballo, pero muy grande comparada conmigo. Yo soy diminuta a tu lado, pero enorme al lado de un grano de arena.

–¿A qué te referís? –preguntó Marula.

–El árbol al que me subí es alto para mí, pero para vos es bajito. Todo depende de quién lo mire –concluyó Runa.

La oveja se quedó pensando: *El mundo debe ser enorme desde el punto de vista de una hormiga... todas las distancias deben ser más largas... para un caballo los pastizales deben ser la mitad de altos... los lagos la mitad de chicos...*

Sintió que acababa de hacer un gran descubrimiento; ella siempre había creído que las cosas eran de una sola forma, pero ahora se daba cuenta de que las cosas no eran grandes o chicas, lindas o feas, ni los lugares estaban lejos o cerca.

–¡Guau! –dijo Marula tras un largo silencio.

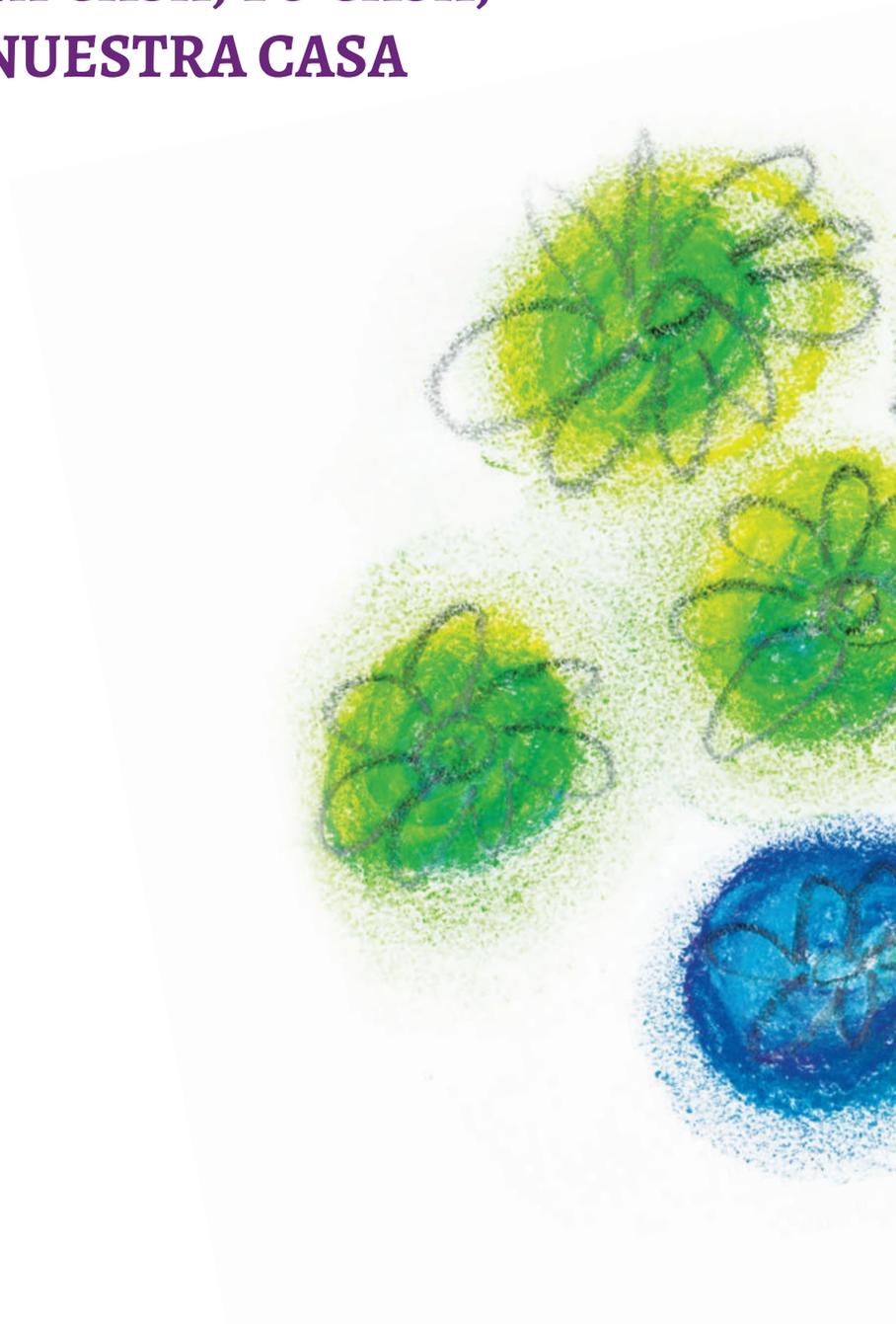
–¿Qué pasó? –preguntó Runa.

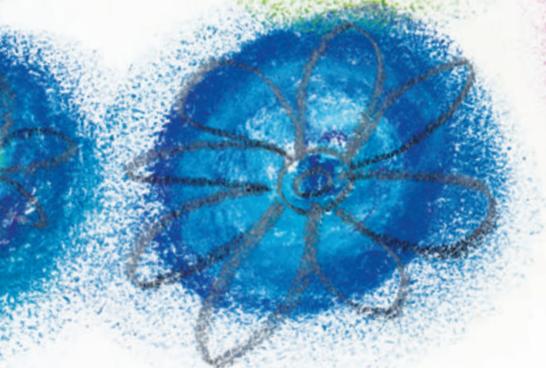
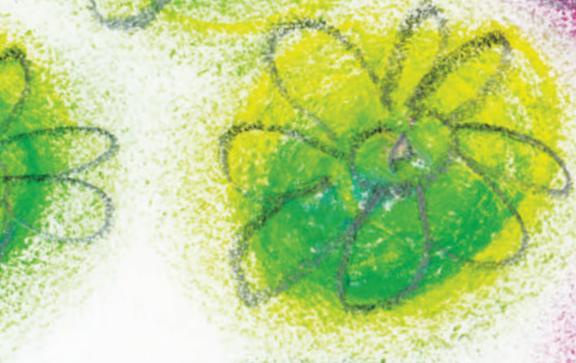
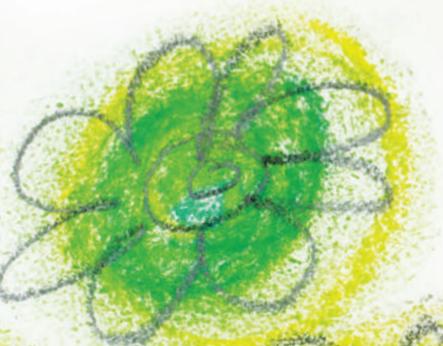
–Es que nunca lo había pensado así.

–¿Viste? hay un mundo por cada bicho que lo mira.



MI CASA, TU CASA, NUESTRA CASA





Una tarde, Marula caminaba por un sendero entre los matorrales, volvía de tomar agua en una laguna cuando encontró una pequeña flor de color violeta, muy rara para ese lugar. Miró alrededor buscando otras flores pero no había ninguna que se le pareciera, era infinitamente hermosa, con sus pétalos redondos y el centro amarillo. Se le ocurrió entonces que sería una buena idea conservarla como recuerdo. Se acercó y comenzó a tirar del tallo cuidadosamente para no romperla.

–¡Hey! –escuchó– ¿¡Por qué vas a sacar esa flor de ahí!?

Marula se puso colorada y miró hacia atrás para ver quién era el que le gritaba. En el suelo había un topo con cara gruñona.

–¿Por qué vas a sacar esa flor de ahí?

Ella no sabía qué decir, el topo estaba muy enojado.

–Es que es muy linda y pensé que sería un buen recuerdo para llevar a casa.

–Pero esa flor no es tuya.

–Disculpe, señor topo, no sabía que era suya.

–Esa flor no es mía y a la vez sí lo es.

–¿Cómo es eso, señor topo?

–Es mía y es tuya también.

–Sigo sin entender lo que me quiere decir, si es mía ¿por qué no la puedo llevar a casa?

–Esa flor no es de nadie ¡es de todos! Y en tal caso esta tam-

bién es tu casa, así que si querés tenerla en tu casa dejala justo ahí donde está.

Marula estaba cada vez más confundida. ¿Cómo que si no era de nadie, era de todos? ¡Qué cosas más raras decía el topo!

–¿Cómo que esta también es mi casa?

–Esta pampa es de todos, vos podés andar de acá para allá sin que nadie te pregunte qué estás haciendo.

–Pero mi casa, mi verdadera casa, es el corral.

–Te lo voy a explicar. ¿Cómo te llamás?

–Soy Marula, ¿y usted?

–Me llamo Maruan. El corral está en una granja, de manera que la granja también vendría a ser tu casa, ¿no?

–Sí, es cierto.

–Y la granja está ubicada en la pampa, o sea que también es tu casa, y la pampa está dentro de Argentina, por lo que, ¡Argentina es tu casa también! Y así, América del Sur, América Latina y hasta todo el mundo es tu casa de alguna manera.

–Es una casa muy grande entonces –dijo Marula asombrada.

–Así es, y cuanto más grande es la casa, más bichos viven. Y hay que convivir con todos, los que nos gustan y los que no, cada cosa que tomamos para nosotros se la sacamos a un hermano de la casa. Esa flor es nuestra ¿me entendés? Vos y yo vivimos juntos en esta misma pampa bajo este mismo cielo... yo también quiero lucir esa flor en mi casa tanto como vos. ¿Qué pasa si te la llevás?

La oveja se sintió triste de pensar que el topo no podría mostrar la flor a sus parientes si ella la sacaba de donde estaba.

–Te dejaría sin flor –dijo Marula avergonzada.

–No a mí, dejarías sin flor a esta pampa, a todos sin poder verla, en cambio ahí podés apreciarla cada vez que quieras, al igual que todos los demás.

Marula limpió los costaditos de la flor y se quedó mirándola durante largo rato.

–Qué hermosa es, ¿cierto? –dijo finalmente el topo.

–Sí, muy hermosa –contestó sonriendo Marula.



UN PUENTE PARA HORMIGAS





Otro día, a orillas de un arroyo de las sierras de Córdoba, Marula se encontró con unas hormigas mirando hacia la otra orilla (que ahora sabía que para ellas debía ser un gran río).

–¿Qué hacen?

–Estamos esperando para cruzar.

–¿Y qué esperan?

–El barco.

Marula observó detenidamente hacia el agua y divisó una pequeña hoja con varias hormigas encima que traían un pedazo de pera.

–¡Ahí viene! –dijo una de ellas.

–¿Y tienen que esperar tanto cada vez que van a buscar la pera?

–Sí, es la única manera. Cruzamos en el barco, subimos al árbol, cortamos un pedacito de pera, lo cargamos y volvemos. El insecto continuó su relato. Pacientemente, comentó que todos los días cruzaban de este modo, que no se mudaban de lugar o de hormiguero porque, en el sitio en donde se encontraban, había nacido la reina y de allí no querían irse. A Marula se le ocurrió que tal vez podría ayudarlas. Con solo un pequeño salto ya estaba del otro lado. Apoyó sus patas delanteras en el tronco, con la boca bajó una pera, y con un nuevo saltito la devolvió al lado de las hormigas que esperaban.

–¡Listo! ¡Ahora tienen pera suficiente!

Las hormigas que estaban esperando se amontonaron sobre la pera con tal alegría y desesperación que a los pocos segundos ya no quedaba nada. Entonces, se miraron y volvieron a pararse al costado del arroyo a esperar el barco. Marula dio otro salto y otro y bajó varias peras, pero todas desaparecían a los pocos segundos y las hormigas volvían una y otra vez al costado del arroyo. Marula saltó toda la mañana, tantas veces como pudo, bajó muchas peras y cada vez que se acababan ocurría lo mismo con las hormigas: la espera. Se sintió triste de no poder ayudarlas y además estaba cansada.

–Perdonen, pero no voy a poder seguir bajando peras.

Las hormigas se quedaron tristes.

–Muchas gracias de todos modos, ovejita.

Una mula que observaba lo que estaba haciendo Marula, se acercó y le dijo que era inútil ayudarlas.

–Esa es su vida. Es su trabajo, no necesitan que las ayudes.

–¿Por qué decís eso? ¿No ves que están paradas al costado del arroyito, día tras día, esperando por un pedacito de pera? Es muy triste.

–A vos te da tristeza, pero ¿preguntaste si están tristes con su vida? ¿A qué las estás ayudando realmente?

Marula pareció desconcertada, no sabía qué responder. Era cierto, nunca había preguntado a las hormigas qué necesitaban y su ayuda solo les serviría mientras ella estuvie-

ra ahí, pero quería seguir con sus viajes, no podía quedarse para siempre.

–¿Entonces querés decir que no hay nada que se pueda hacer para ayudarlas?

–Yo no dije eso, tenés que mirar, preguntar y colaborar. No es lo mismo que simplemente ayudar y hacer vos parte de su trabajo. Colaborar verdaderamente es permitir que ellas puedan hacerlo solas.

La mula dio media vuelta y se alejó caminando despacio. Las hormigas seguían haciendo lo mismo de siempre, esperaban su barco para traer su carga de peras.

–¿Qué es lo que podría hacer para colaborar con ustedes?

–preguntó Marula

–El río. ¡Si tan solo hubiera una forma más fácil de cruzarlo! Marula se puso a pensar cómo resolverlo. Las hormigas no querían que alguien les trajera las peras, sino encontrar una manera de conseguirlas ellas mismas. Ahora era claro lo que le había dicho la mula, si las hormigas conseguían una forma más simple de cruzar, iban a poder seguir buscando mucha pera, aun cuando Marula se fuera.

–¿Y cómo creen que sería más fácil cruzar al otro lado?

Las hormigas escucharon y comenzaron a acercarse. Se miraban, cada vez eran más y ya formaban una ronda donde hablaban, preguntaban, daban ideas. Luego de un rato, un gran silencio se produjo, ninguna de ellas sabía



realmente qué hacer.

–¿Y si hacemos un puente? –sugirió Marula.

–¿Un puente? –preguntaron y comenzaron a murmurar entre ellas.

–Podríamos buscar una rama larga y cruzarla hasta el otro lado del arroyo.

–¡Hagamos un puente! –gritó una hormiga desde atrás. Todas empezaron a gritar apoyando la idea. Estaban sorprendidísimas, les parecía una gran idea. Rápidamente formaron varias filas, dirigiéndose en distintas direcciones. Marula preguntó qué pasaba y le explicaron que estaban en campaña de encontrar una rama, cuando algún equipo de hormigas la encontrara, iba a pegar el grito para que el resto vaya a ayudar a cargar.

–Yo puedo ayudar –dijo Marula.

–Es cierto –respondió una hormiga– necesitamos a al-

güen lo suficientemente grande como para llevar una punta de la rama hasta el otro lado del arroyo.

No pasó mucho tiempo hasta que se escuchó el grito de una de ellas que avisaba haber encontrado una rama como la que necesitaban. El resto de las hormigas se acercó rápidamente hacia el lugar, se colocaron todas debajo del palo y a la cuenta de tres, lo levantaron. Marula las esperó en la orilla del arroyito, cuando llegaron tomó una punta de la rama con su boca y la arrastró hasta el otro lado. Se mojó todas las patas pero no importaba en ese momento. Las hormigas miraron sin poder creerlo. ¡Era un puente perfecto! Rápidamente formaron una fila que iba y venía, cruzaba el palo y comunicaba a los perales de un lado, con el hormiguero del otro.



DÍAS DE PENSAR

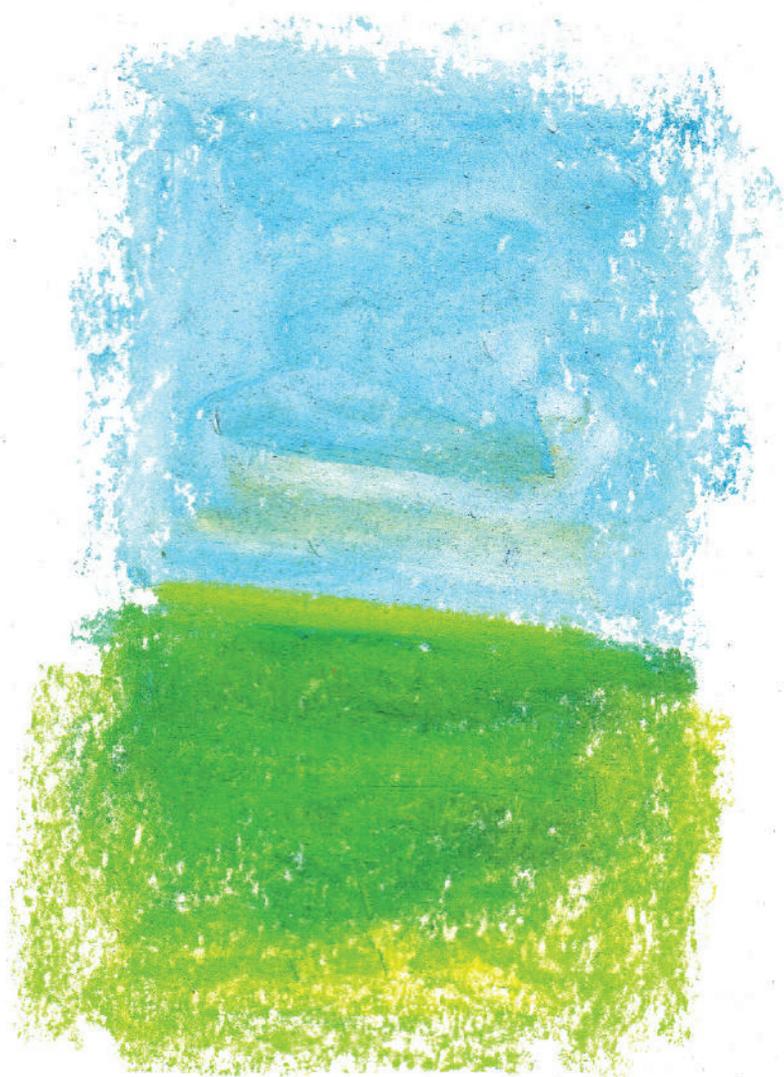




Tanto viajaba Marula, que había días enteros en los que aprovechaba para descansar a la orilla de un río escuchando el agua acariciar las piedras, o para disfrutar la frescura de la sombra de un ombú. Eran también los días en los que se acordaba de su familia, de su corral, de sus amigos... Días “de pensar”, así les decía ella.

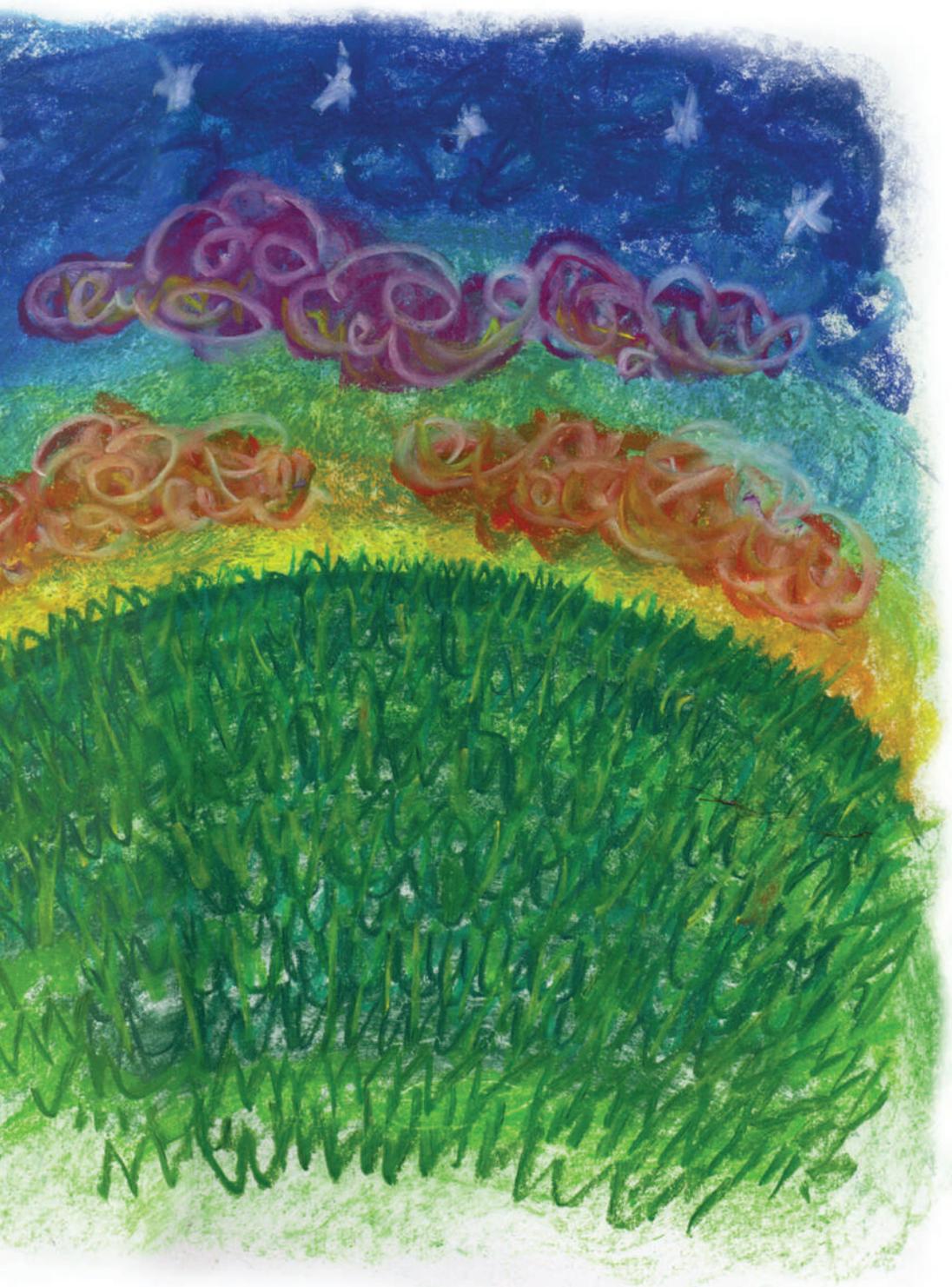
Marula se recostaba en alguna posición cómoda y miraba hacia el horizonte, aquel lugar que el perro le había señalado una vez cuando le explicó que le llamaban “utopía”. “Lo importante no es llegar, sino ir”, le decía. Marula pensaba y pensaba, pero como era tan curiosa y dudaba de todo, lo que más hacía en esos días, era preguntarse cosas: *¿Por qué no se puede llegar al horizonte? ¿Por qué el cielo y el agua tienen el mismo color? ¿Cuál le habrá copiado al otro? ¿Por qué hay animales distintos? ¿Por qué las ovejas viven en un corral? ¿Todas las ovejas viven en un corral? En realidad, ¿por qué hay un corral? Y, ¿por qué hay un hombre que tiene ovejas, les da de comer, pero les saca la lana?*

Marula pensaba que todas estas preguntas estaban relacionadas y que si encontraba la respuesta de una, encontraría la respuesta a todas. Estaba convencida de que si lograba descubrir por qué un hombre tiene ovejas en un corral y por qué los animales no son todos iguales, entendería por qué no se puede llegar al horizonte.



EL CORRAL





Un día, Marula despertó bajo un árbol a la orilla de un arroyo, al mirar a su alrededor no encontró a nadie. Caminó en el mismo sentido que corre el agua durante un rato, buscando pastizales para comer, cuando de repente, empezó a sentirse extraña. De todos los animales y bichos que había conocido, ninguno se encontraba cerca. Tomó conciencia de que había conocido a muchos amigos, pero que cada uno de ellos pertenecía a un lugar: un lugar con amigos, familia, cosas que hacer y una casa donde dormir todas las noches. Ella no, ella viajaba y viajaba, y se sintió sola. Quería que alguien la abrace y estaba muy lejos de su gente. *Es hora de volver a casa*, pensó. Regresó al árbol donde había pasado la noche, cargó su mochila llena de cosas útiles y de recuerdos hermosos que le habían regalado y empezó a caminar hacia la ruta. Primero se dirigió hasta Fray Luis Beltrán, donde pasó un amigo que la llevó en su camión hasta General Alvear y luego a San Rafael. Tomó un colectivo hasta Villa Mercedes, cruzó las sierras cordobesas y llegó por fin a su casa. Fue una vuelta muuuuy larga.

Cuando llegó al corral abrazó a todos como si fuera el último abrazo. Comieron riquísimo, bailaron, y por la noche, Marula fue a su cama: todo estaba igual que la última vez. Durmió como hacía mucho tiempo no dormía, se apretó contra la almohada de pasto y se acurrucó debajo de la alfalfa suave y calentita. Se sintió en casa.



Así pasaron los días, venían a visitarla y le preguntaban sobre sus viajes, la escuchaban atentos. Viejos amigos la invitaban a tomar agua en el bebedero y a mirar las estrellas, y se sintió contenta de que todo estuviera en su lugar. Estaba muy bien, pero a medida que fue pasando el tiempo, todos volvieron a lo mismo, y también Marula. Se paraba al borde del corral mirando hacia afuera. Hacían lo mismo de siempre: pasear en círculos, hablar de los mismos temas todos los días, incluso de aquellos viejos temas que Marula recordaba, antes de partir de viaje. Empezó a sentirse un poco apretada. Para ella, el corral ya no era lo mismo, algo faltaba... o algo sobraba, no lo sabía muy bien. ¡Y claro! Todo era igual menos ella. Porque su corral no era grande si la pampa estaba por todos lados, su abuela no era tan sabia, si todo lo que sabía tenía que ver con ese corral, sus amigos eran buenos, pero caminaban en círculos y eso para Marula era aburrido. Decidió partir.

A la mañana siguiente se despertó, estaba muy ansiosa, preparó sus cosas y se acercó a desayunar, cargaba la mochila en un hombro:

–¿Te vas de viaje de vuelta, Marula? –preguntó su madre con aire preocupado.

–No ma, estoy algo cansada de viajar, pero acá no es mi lugar, todo está igual y a la vez tan distinto que ya no quiero quedarme.

–¿Y qué vas a hacer, hija?

–Me voy a vivir a un lugar hermoso: las sierras de Córdoba. Hay un río con cascadas, un diquecito y muchos árboles. Pueden visitarme cuando quieran.

Tomó carrera y dio un salto altísimo. Ahora ya no le costaba, se había acostumbrado a saltar alambrados, arroyos y piedras. Afuera estaba su padre.

–¡Pa! –se sorprendió Marula– ¿Qué hacés acá afuera?, ¿cómo saliste?

–De un salto, mi amor –respondió su padre sonriendo.

–¿Vos saltás?

–Claro. Te voy a contar algo que ya te conté mil veces, pero que seguramente recién ahora vas a entender. Yo no soy de acá, hija, ¿cómo pensás que llegué?

–¿Vos también te fuiste de tu corral?

–Una vez salí a conocer el mundo, encontré este lugar, me gustó y me quedé. Este es el corral que yo elegí, pero no tiene que ser el que elijas vos.

Se abrazaron muy fuerte y luego Marula salió corriendo por la pampa a campo abierto. Esta vez sabía perfectamente hacia donde iba.









MARTÍN FOGLIACCO

Nací en Córdoba y mi vida fue errante hasta mis veinticinco años. Me tocó, por distintas razones a lo largo de mi vida, estar en México, en Brasil y en Buenos Aires.

Cuando volví participé en Radio Comunitaria La Ranchada con el segmento “Laburantes” y en Radio Cooperativa Gen como columnista del programa “Devuelvan la Pelota”.

En 2019 publiqué el libro “A vos quién te espera”. En la Siembra anual de libros de la Universidad Nacional de Córdoba publicaron mi cuento “Vientos” y en el Festival Intergaláctico de Escritores Oficial (FIDEO) del colectivo EsCuchara, mi cuento “Elefantes”.

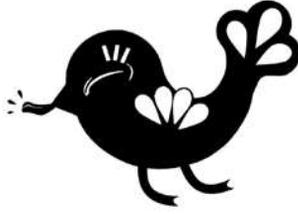




VERÓNICA ANDREA MAMMÀ

No dibujo todos los días. No es un oficio. Es más bien algo inesperado: cuando al caminar al punto de olvidar los pies, la mirada en el más allá (o más acá) del sin mirar, la cabeza en suspensión sostenida a un cuello elástico, me descubre frente una escena, situación o persona que inquieta el cuerpo. Dibujar para mí, es un encuentro. Dibujar junto a otrxs.





EDICIONES DE LA TERRAZA

Cuando un libro se abre, junto con él, se abre un camino. Deseamos que, al hojear sus páginas, viajes y explores destinos insospechados. No solo desde los textos, sino también descubriendo los relatos que proponen las ilustraciones. Publicamos todos nuestros libros bajo licencias Creative Commons, para que puedan tender nuevos puentes de lectura. De esta manera nos sumamos a muchos otros proyectos que entienden que la construcción del conocimiento y la cultura es colectiva.

Creemos en el trabajo conjunto, acompañados por una comunidad que apuesta a otras formas de producción cultural, solidarias y comunitarias. **MARULA** tuvo así un primer viaje-edición hace algunos años a través de una campaña de financiamiento colectivo. En esta oportunidad, es una alegría para quienes habitamos la terraza, poder ofrecerla como punto de encuentro para una nueva edición y todos los viajes que proponga su lectura.



ÍNDICE

Marula toca el cielo	6
Afuera	14
Marula descubre	20
Un mundo para cada bicho	26
Mi casa, tu casa, nuestra casa	32
Un puente para hormigas	38
Días de pensar	46
El corral	50
Los autores	58



Fogliacco, Martín

Marula / Martín Fogliacco ; ilustrado por Verónica Andrea Mammana. - 1a ed ilustrada. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2020.

64 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4991-06-5

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Infantil. 3. Novelas de Aventuras. I. Mammana, Verónica Andrea, illus. II. Título.

CDD A863.9282



“Marula” por Martín Fogliacco y Verónica Mammana se distribuye bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento – Compartir Igual (by-sa): Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

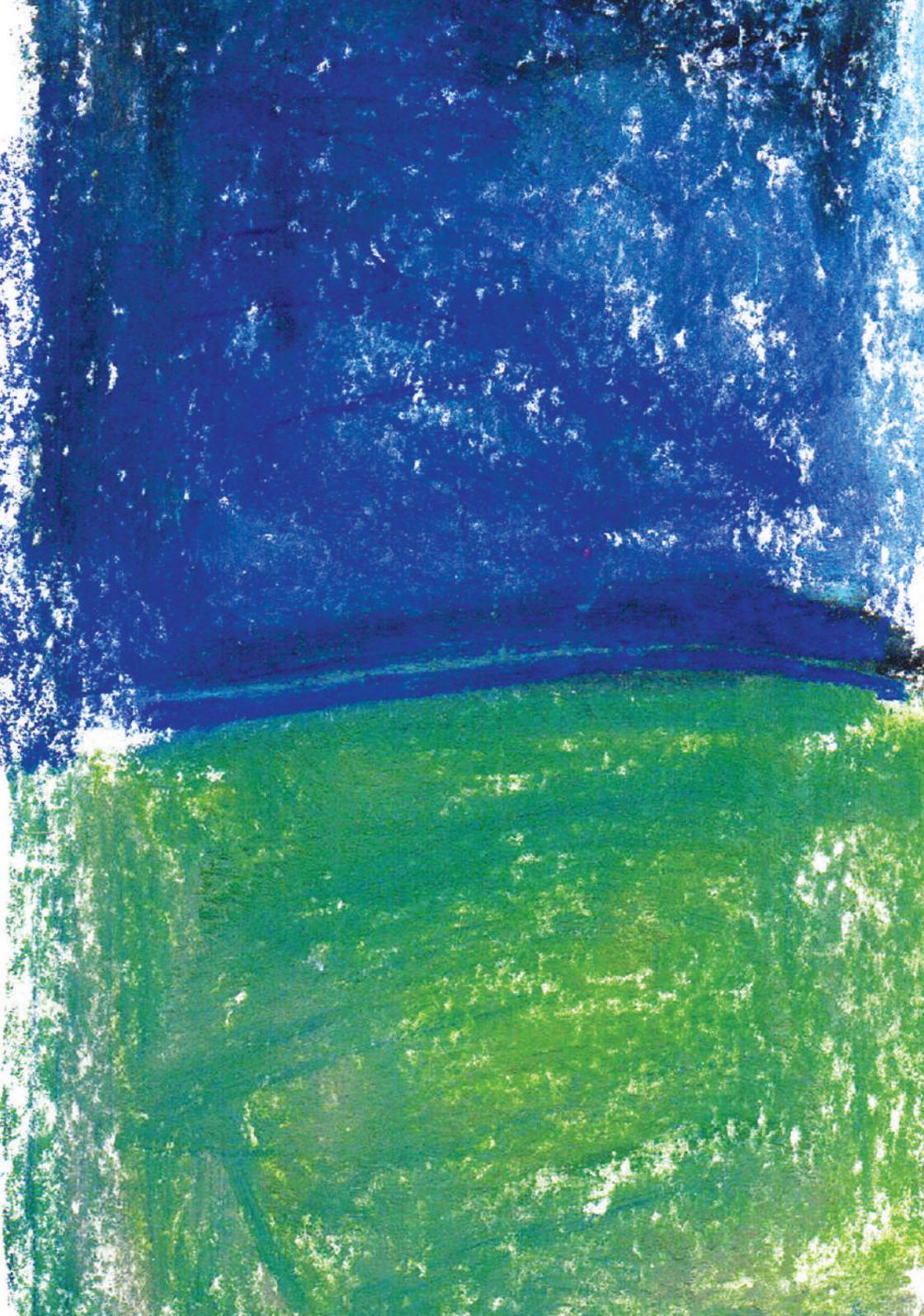
Este libro fue posible gracias al acompañamiento y apuesta de una comunidad protagonista que cree en la construcción colectiva y colaborativa de la cultura. La campaña de financiamiento colectivo “¡Vamos a dar vuelta el 2020!” hizo posible los libros “Ecos de la lengua”, “Wilson”, “Buscando la poética de Tres Tigres Teatro” y “Marula”. Gracias infinitas a quienes participaron. Creemos que esta leyenda debe quedar como una huella de su producción en cada uno de los libros. Los detalles de la campaña pueden consultarse en este enlace de la web editorial: <http://edicioneslaterraza.com.ar/dar-vuelta-el-2020/>



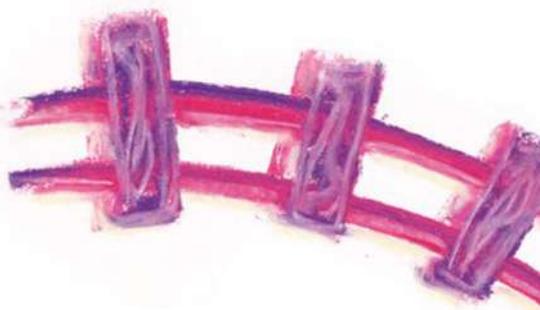
La versión digital de estas páginas está disponible de manera gratuita para todos los que nos la soliciten porque quienes hicimos este libro creemos en una cultura cada vez más libre. Recibimos sus comentarios en nuestro mail: edicionesdelaterraza@gmail.com

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Se imprimieron 1000 copias de “Marula” en Premat Industria Gráfica SRL (Entre Ríos 2650, Córdoba, Argentina, premat@prematgrafica.com.ar) durante Diciembre de 2020.







Marula es una oveja que se hace preguntas dentro de su corral:
quiere saber qué hay más allá de lo que puede ver;
quiere conocer otros animales y otros paisajes;
quiere entender cómo es el mundo;
quiere encontrar respuestas a todas sus preguntas.



edicioneslaterraza.com.ar



9 789874 991065

